

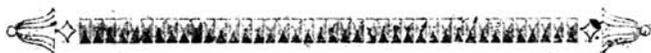
COMPOSICIONES
LEIDAS
EN LA PLAZA DE ZARAGOZA
DE ESTA CIUDAD
EN CONMEMORACION
DEL GLORIOSO TRIUNFO ALCANZADO
CONTRA LOS FRANCESSES
EN LOS ALREDEDORES DE PUEBLA,
EL 5 DE MAYO DE 1862,
POR EL INVICTO GENERAL
IGNACIO ZARAGOZA.



MONTEREY.

Imprenta de C. Li-rno, a cargo de F. de V. no P. lars.

1867.



RESEÑA

DE LA FESTIVIDAD DEL 5 DE MAYO.
EN MONTEREY, EL AÑO DE 1867.

En Monterey, donde se comprende y se sabe apreciar el gran valor de las glorias que en ese día se festejan, todos los moradores han secundado las patrióticas intenciones de la junta encargada de reglamentar la solemnización del 5 de Mayo. Por esto vimos con satisfacción que una numerosa concurrencia acompañó en la alba de ese día, la música, que con alegres y bulliciosas sonatas recorría las calles, saludando esa aurora que alumbró el año de 62 á los valientes guerreros de México que humillaron las famosas huestes de la Francia. A esa misma hora, al oír el ronco cañon en el fuerte de la Ciudadela, nos recordaba que con igual estrépito, vomitando metralla y mortíferos proyectiles el 5 de Mayo memorable, hacia entender, á una señal de Zaragoza, al intruso francés, que se debía respeto á la tierra de los antiguos aztecas, nuestros antepasados.

A las diez del día, todas las autoridades civiles y militares, formando cuerpos ó por medio de comisiones se presentaron en el palacio de Gobierno, donde el ciudadano Gobernador, íntimo amigo del héroe, de Zaragoza, las recibió poseído del mayor y mas entusiasta patriótico júbilo.

Una comisión del Supremo Tribunal de Justicia compuesta de los ciudadanos licenciados Manuel P. de Llano y Francisco Quirós y Martínez, fué la primera en manifestar sus plácemes á la patria por el glorioso triunfo del 5 de Mayo. El Sr. Lic. Llano que tomó la palabra, notamos

que conmovió á los concurrentes con sus sentidos y patrióticos recuerdos, hijos de su claro talento y su corazón mexicano.

El C. comandante militar, Pedro A. Gómez, pronunció una pequeña pero bien razonada alocución con las frases propias de un soldado.

El coronel del batallón sedentario de Guardia nacional, C. Gabino San Miguel, felicitó de una manera sencilla pero elocuente á la nación, por los triunfos en Puebla en Mayo de 62.

A todos estos plácemes contestó el C. Gobernador, dejando ver muy claro los profundos sentimientos de un patriota mexicano, y los vivísimos deseos que lo animan por la felicidad nacional.

Los demas concurrentes en la generalidad, dijeron algunos brindis muy conmovedores y que indicaban cuan fresca se conserva aun la memoria del valiente entre los valientes, Ignacio Zaragoza. Notable fué entre los brindis el que dijo el cónsul americano: por su grande amor á la República, por sus espresiones llenas de simpatía hácia México, por el respeto con que se espresó para nuestras autoridades supremas, y por, los votos que hizo en favor de la causa nacional.

A las doce se retiró la concurrencia, momentos en que aun tocaba la música el himno nacional y en que los cañones hacían la salva de ordenanza.

A las cuatro de la tarde el batallón sedentario, perfectamente uniformado, formó valla desde el palacio hasta la plaza de Zaragoza, dónde se formó un templete tan bien dispuesto y adornado que hace honor á la comision que se encargó de prepararlo.

Tan luego como estuvieron reunidas todas las autoridades en el palacio de Gobierno, se puso en marcha la comitiva, presidiéndola la primera autoridad del Estado. Llegó al templete y se instaló. En seguida el C. Gobernador entregó al batallón una hermosa bandera, á nombre de los padrinos nombrados para este acto, dirigiendo á esos dignos ciudadanos y guapos milicianos de la Guardia sedentaria, una alocucion que en seguida insertamos con la contestacion que el Coronel del cuerpo dió al C. Gobernador.

Pasado el acto de la entrega de la bandera, el orador nombrado oficialmente C. Lic. Trinidad de la Garza y Melo, pronunció el discurso que hoy publicamos, y mas que las recomendaciones que nosotros hagamos de ese discurso, lo recomiendan su propio mérito y la reconocida aptitud de su autor.

El C. Juan Peña, hijo de Michoacan, leyó un bello discurso que con gusto publicamos, lo mismo que la entusiasta y bien rimada poesía del joven nuevoleonés, Hermenegildo Dávila.

Concluida la lectura de los discursos y poesias, de acuerdo con el programa, se puso la comitiva en marcha á la plaza del 5 de Mayo, donde el C. Gobernador colocó una piedra de mármol con el rótulo "Plaza del 5 de Mayo" nombre que para lo sucesivo deberá tener la plaza que durante una época que no queremos ni recordar, se llamó de la Concordia. La primera compañía del batallon saludó el nuevo nombre de la plaza con varias descargas de fusilería perfectamente ejecutadas.

Con motivo de un fuerte aguacero las demas demostraciones de júbilo que se tenian preparadas para la noche de ese dia de gloriosos recuerdos, no tuvieron lugar. Creemos, no obstante este incidente, que los habitantes de Monterrey, como los mejores mexicanos, han demostrado con su espontaneidad y general alegría, que saben estimar las glorias y espléndidos triunfos, que los héroes en Mayo de 62, arrancaron á las tropas aventureras de Napoleoo III.

Los Editores

—4—

MANUEL Z. GOMEZ, Gobernador y Comandante Militar del Estado libre y soberano de Nuevo León á las Guardias Nacionales Sidentarios.

CIUDADANOS:

Organizados bajo la popular institucion de guardias nacionales, ya es tiempo que tengais una bandera que os marque el destino que debeis dar á vuestras armas, y yo os la entrego á nombre de los amigos que habeis nombrado para apadrinar este acto. En el centro de esa bandera encontrareis el Escudo con que México se presentó desde el principio á las demas naciones como libre, soberana é independiente.

Hé aquí, pues, vuestro primer deber: respetar y hacer respetar esa soberanía sea quien fuere el que trate de ultrajarla.

Despues viene la ley expedida por nuestros legítimos representantes, y con ella la República y el Código fundamental que ha fijado el pervenir de la Nacion bajo el principio democrático del voto libre del pueblo, y de la amplitud é igualdad de derechos sin fueros, ni prerogativas, ni distinciones. Vuestro batallon, pues, es uno de los guardianes de la Soberanía, de la República, de la Constitucion y de las leyes.

Esta es la significacion de la bandera que se confia á vuestro patriotismo y valor.

GUARDIAS NACIONALES: Recibis este sagrado depósito en el gran día que recuerda el glorioso combate con que otros á costa de su sangre, lo conservaron puro y radiante, hace cinco años, á los alrededores de Puebla. ¿Porqué llegado el caso, vosotros no los habreis de imitar? Allá en Querétaro están vuestros hermanos, los que componen el primer batallon móvil de este Estado, á la vista de muchos de aquellos bravos. Apelad con orgullo á su testimonio y él os dirá, que ese batallon identificado con vosotros mismos, ha merecido bien de la Patria, porque sabe llevar sobre las penalidades de la campaña y aguardar á embestir al enemigo con sus bayonetas, dejando siempre

— 5 —

en su lugar el nombre de la República y el del Estado á que pertenece.

Ahora, mis amigos, saludad vuestra bandera: aquí la tenéis: empuñadla bien, y primero la vida que legarla manchada á vuestros hijos. Que vosotros y ellos oigan resonar á su sombra, hasta que la acción del tiempo venga á exigir su sustitución con otra, victores entusiastas á la Independencia, á la República y á la Libertad constitucional de todos los que habiten el territorio mexicano.

Monterey, Mayo 5 de 1867.—*Manuel Z. Gómez.*

C. GOBERNADOR:

A NOMBRE DE MIS CONCIUDADANOS. La bandera que acabais de poner en mis manos para que nos sirva de enseña á nosotros, guardias nacionales sedentarios de esta capital, será guardada, defendida y conservada; guardada como un depósito sagrado, porque ella es para todos el símbolo mas querido de la Patria; defendida, porque ella representa nuestro honor, y para esto, sacrificaremos nuestra existencia; y conservada para bien de nosotros, del Estado que nos la fia y de nuestros hijos que un dia orgullosos podránla recibir de nosotros mismos tal como la recibimos.

COMPANEROS DE ARMAS: La bandera que en este momento nos acaba de entregar el C. Gobernador, es para nosotros el tesoro mas precioso, por que ella representa nuestra nacionalidad é independencia; desde luego debemos defenderla á precio de nuestras vidas, y así será porque *todos somos hijos del pueblo*. ¡Protestáis, pues, hacerlo así! ¡Viva la República! ¡Vivan los héroes del 5 de Mayo de 1862!

Monterey, Mayo 5 de 1867.—*Gabino San Miguel.*



ORACION CIVICA

QUE EN LA SOLEMNE CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DEL 5

DE MAYO DE 1862 PRONUNCIO

EL CIUDADANO LIC. TRINIDAD DE LA GARZA Y MELO

EN LA PLAZA DE ZARAGOZA EL DIA 5 DE MAYO DE 1867.

.....Leyes que, por decirlo así, nos han sujetado desde la nua, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos estranos, porque la civilizacion misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud.

La martine: "El Civilizador, 6 Historia de la humanidad por sus grandes hombres:" art. "Juana de Arco"

CIUDADANOS:

Ha sido siempre general y constante en las naciones cultas la costumbre de reunirse de tiempo en tiempo los ciudadanos para recordar y celebrar con noble orgullo los hechos gloriosos de su historia. Esta costumbre es muy laudable, porque su objeto es eminentemente patriótico. Con esas periódicas conmemoraciones siempre se tienen presentes los heroicos hechos de los que nos han precedido en el camino de la gloria; de los que con sublime abnegacion se han consagrado al servicio de la patria defendiendo sus derechos, su dignidad y su decoro; de los que con su sangre han sellado su ardiente amor patriótico por dejar asegurados á sus pósteros los inestimables bienes de independencia y libertad. Tales recuerdos, en medio de las demostraciones del mas sincero regocijo, excitan en los pueblos el respeto y admiracion hácia los héroes que han merecido bien de la patria, el mayor entusiasmo por las glorias nacionales y el natural deseo de conservarlas siempre ilesas, naciendo, arraigándose y fortificándose en todos los corazones el íntimo sentimiento de que tal es el primero, el mas sagrado de los deberes del hombre en sociedad. Los jóvenes, los niños que asisten á estas cívicas festividades, que presencian el general contento y ven correr las lágrimas que á los ojos de sus padres arranca el entusiasmo al referirles el hecho histórico;



objeto de las públicas demostraciones de gozo, impresionados fuertemente, se identifican en estos nobles sentimientos con los respetables autores de sus días, así como estos ya están identificados con el alma de los héroes cuyos altos hechos se celebran: crecen los hijos alimentando, como sus padres, y acariciando desde sus tiernos años la sublime idea del sacrificio por la patria: fórmanse de este modo patriotas ciudadanos, y no serán ellos, por cierto, los que á su vez, cuando lleguen á tener en sus manos los destinos del país, consientan en que por cobarde apatía ó indolencia injustificable, se pierdan las glorias que sus antepasados conquistaron para la patria con sus altos y heroicos hechos. Ellos, por el contrario, siempre estarán dispuestos á seguir las luminosas huellas de sus abuelos y arderán en deseos de imitar sus bellos ejemplos de heroísmo.

No es, pues, conciudadanos, una vana ceremonia, no es un motivo de simple pasatiempo lo que hoy nos ha reunido en este lugar. Venimos á celebrar llenos del júbilo mas puro el aniversario del 5 de Mayo de 1862 en que nuestro ejército de reclutas derrotó en las inmediaciones de Puebla á las veteranas tropas que el déspota de Francia osó lanzar sobre nuestra república, porque creyó se hallaba en buena sazón para ser conquistada; porque la juzgó demasiado débil por sus infortunios, demasiado gastada por sus continuas, conmociones civiles y completamente sumergida en el caos de la mas espantosa anarquía: venimos á recordar aquel gran triunfo, presagio de otros mil, en que los modestos hijos de una jóven república, los dignos descendientes de los ilustres Hidalgo y Morelos, dirigidos por el no ménos ilustre nuestro paisano el malogrado General Ignacio Zaragoza, arrancaron una á una las hojas de los laureles con que los soldados del imperio francés se habian coronado en cien batallas: venimos, en fin, á cumplir con el sagrado deber de rendir un homenaje de admiracion y de gratitud á los valientes que supieron dar á la patria aquel día de gloria nunca perecedera, y á excitar con nuestras lágrimas de gozo en el tierno corazón de nuestros hijos el entusiasmo nacional y el vehemente deseo de conservar leccion tan alta de patriótico esfuerzo.

Para que se pueda apreciar justa y debidamente la im-

potencia del triunfo obtenido por nuestras armas en el memorable día 5 de Mayo de 1862, es necesario tener presentes las angustiosas circunstancias en que se hallaba la república: estaba débil, en efecto, desfallecida, y su gobierno exhausto de recursos, como fueron informados los gobiernos de Europa, por la muy dilatada lucha que acababa de sostener contra la facción retrógrada en defensa de los principios liberales de la constitucion de 1857 y de las sábias leyes de reforma. La buena causa habia triunfado; pero luego se presentan, como en refuerzo del vencido bando, tres poderosas naciones de la Europa, que en su tenebrosa política concertaron hacer inútiles los esfuerzos de la república y embarazar su marcha por la emprendida senda del progreso. Con este fin acordaron venir á México, destruir contra todo derecho el orden establecido y la forma de ser político adoptada por la voluntad de la nacion, y sobre las ruinas de la libertad, sobre los escombros de la república levantar un trono y sentar en él á un príncipe europeo, que nos gobernara *in virga ferrea* y se prestara dócil á satisfacer las exigencias de las *altas partes contratantes*. La aparicion de aquellas tres potencias pretendiendo intervenir en los negocios interiores de México y disponer á su arbitrio de los destinos del país, fué un atentado de que no hay ejemplo en los tiempos modernos, que tanto distan ya de la edad media: fué un desacato, un ataque brusco á la constante ley de las naciones; fué un hecho infame, torpe, escandaloso, que con trabajo podrá creer nuestra posteridad, considerado el tiempo en que se ha cometido, y atendida la muy decantada civilizacion de Inglaterra, Francia y España. ¡Avergüéncense estas naciones de la imprudencia, del poco juicio y de la fatuidad de sus caprichosos gobiernos!

Verdad es que en el artículo 2º del tratado de alianza, firmado en Lóndres en 31 de Octubre de 1861, se comprometieron las partes contratantes á no ejercer en los negocios interiores de México influencia alguna que perjudicara el derecho de la nacion mexicana de escojer y establecer libremente la forma de su gobierno; pero este artículo, ó se puso únicamente porque en la segunda mitad del siglo XIX no se pueden ya profesar en público los rancios principios de intervencion y de conquista, ó fué propues-

to por parte de la Inglaterra y de España, y Napoleón III tuvo necesidad de adoptarlo, bajo de restriccion mental, por supuesto, ó con la firme resolucion de no cumplirlo.

Tal artículo, además, sobre descansar en el supuesto falso, que no puede atribuirse á ignorancia, de que México aun no adoptaba con libertad su forma de gobierno, envolvía un contrasentido imperdonable, pues se pretendía proporcionar á México esa libertad de elegir bajo la opresion de las bayonetas extranjeras. Soldados de monarquías, con instrucciones de sus respectivos soberanos ¿qué otra cosa podían traer sino la propaganda á mano armada del régimen monárquico y la resolucion de establecer en México un trono contra la voluntad nacional tan esplicitamente manifestada desde los primeros años de nuestra emancipacion? Esta era, á lo ménos, la mira política de Napoleón III, y esta mira no podía ocultarse á sus aliados. Desde ántes de celebrarse el tratado de 31 de Octubre de 1861, él habia formado su plan de establecer en México una monarquía, y de colocar en el trono al Archiduque de Austria. En 15 de aquel mismo mes Mr. Thouvenel, Ministro de Francia, escribía al embajador frances en Madrid: “El Emperador con perfecto desinterés renuncia anticipadamente toda candidatura en favor de algun príncipe de la familia imperial.” Y en cuanto á la eleccion de la dinastía, decía el Ministro que “un príncipe austriaco tendría su aprobacion.”

Es, pues, claro, es notorio, es un hecho incontrovertible, para los hombres de buena fé, que Napoleón III trataba de imponer á México un gobierno monárquico, como el que impuso á Francia, ametrallando al pueblo de Paris, en Diciembre de 1851, y que tenia resuelto colocar en el trono al Archiduque de Austria. Se vino á confirmar esto con los hechos posteriores á la ocupacion de la capital de la república. El ofrecimiento del cetro, hecho al Archiduque de órden del mismo Napoleón por una junta que llamaron de notables, nombrada *ad hoc* por Forey y Saligny, y las excursiones militares ordenadas despues por Bazaine, para obligar á los pueblos á reconocer por la fuerza al gobierno del intruso austriaco ¿no prueban, á lo ojos del ménos avisado, que este fué el verdadero objeto de la expedicion contra

México....? ¿Quiérese todavía otra prueba? Oigamos lo que decía Napoleón III al General Forey en su famosa carta de instrucciones de 3 de Julio de 1862. "Las exigencias de nuestra política, los intereses de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar á México, plantar allí atrevidamente nuestra bandera y establecer una monarquía."

Tal fué, pues, la intencion de Napoleón III ántes y despues del tratado de alianza: no solo la de intervenir en los negocios interiores de México, sino la de disponer á su arbitrio de los destinos del país, usando de lo que en los pasados tiempos se llamó abusivamente derecho de conquista. Trataba el tirano de Francia de matar la idea republicana en las sociedades del nuevo mundo, comenzando por la que juzgó mas débil y abatida. ¡Harto costoso para aquella nacion ha sido, y será todavía, el desengaño! México, la agonizante, la moribunda México ha tenido la gloria de defender ella sola con buen suceso los republicanos principios de las naciones americanas, al mismo tiempo que ha sabido defender vigorosamente su propia autonomía contra las huestes del emperador de los franceses.

Y no ha negado despues aquel gobierno la parte activa que tomó en que se estableciera una monarquía en México. Tratando de satisfacer sobre esto al gobierno de los Estados-Unidos Mr. Drouyn de Lhuys, en nota diplomática de 9 de Enero de 1866, no se atreve á negarlo abiertamente; pero pretende disculpar al emperador aludiendo al hecho de que "había en México, al tiempo de la expedicion, un número de hombres influyentes que desesperaban de ver restablecido el orden en el estado que guardaba el gobierno republicano, y como consecuencia, acariciaban la idea de volver al régimen monárquico. Recuerda ademas, á este propósito, que uno de los últimos presidentes de México ofreció usar de su poder para el restablecimiento de la monarquía. Por último agrega que, al tiempo de la invasion francesa, las personas ántes aludidas creyeron llegada la ocasion de hacer un llamamiento al pueblo mexicano en favor de las instituciones monárquicas."

Demasiado conocidas son esas personas, ó mas bien ~~ses~~ clases influyentes á que alude el Ministro de Francia: son las

mismas que, parodiando á las ranas de Esopo, se arrastraron á los pies del torvo Júpiter de las Tullerías pidiendo un rey. Sabemos tambien, y sabe todo el mundo, cómo se hizo ese llamamiento al pueblo y cómo el voto de unas cuantos, pertenecientes á aquellas mismas clases, colocado en la punta de las bayonetas de Francia y llevado así por las columnas expedicionarias á las principales poblaciones del país, se bautizó con el pomposo nombre de "voto popular en favor del régimen monárquico y de la eleccion del austriaco." He aquí el bastardo origen del llamado imperio, que en sus locos ensueños juzgó imponernos Napoleon III, y á cuyo efímero establecimiento ha dirigido todos sus esfuerzos y ha sacrificado las vidas de millares de hijos de la Francia. Por mas que apure su talento diplomático el hábil Ministro, no lo grará jamas, siquiera medianamente cohonestar el atentado político de su amo Napoleon, pues aunque espresamente dice en su citada nota diplomática "el ejército frances, al entrar en México, no llevaba tradiciones monárquicas entre los pliegues de su bandera." se halla esto en contradiccion con lo que el antiguo Ministro escribia en 15 de Octubre de 1861 á Mr. Barrot, embajador de Francia en Madrid, sobre el desinterés con que Napoleon renunciaba anticipadamente toda candidatura en favor de algun príncipe de su familia para el trono de México; se halla en contradiccion con lo que el emperador dijo al General Forey en su carta de instrucciones sobre el deber que las exigencias de su política le imponian de establecer en México una monarquía; se halla en oposicion con los hechos, que siempre han hablado mas alto que las palabras, y sobre todo lo ha desmentido solemnemente el mismo Napoleon, que en su discurso de 15 de Febrero de este año, al abrirse las sesiones del cuerpo legislativo, dijo, refiriéndose á México, estas terminantes palabras "hemos tratado de levantar un antiguo imperio."

Trataba, en efecto, el ambicioso monarca de convertir á nuestra grande y generosa México, bajo el nombre de „Imperio," en colonia francesa. El llamado Emperador solo debia contentarse con este campanudo título, no siendo realmente otra cosa que el juguete, el ridículo maniquí del soldado frances. Tal ha sido Maximiliano, como lo hemos

visto, durante la permanencia en México del ejército expedicionario, y de esto él mismo se ha quejado en un solemne documento oficial. ¿Qué habria sido del pueblo mexicano si hubieran llegado á realizarse las siniestras miras del déspota de Francia; si el mismo pueblo no hubiera tenido el buen sentido de ver siempre un mal en la presencia de un ejército extraño?

Recordémos que, cuando Cárlos de Anjou, hermano del santo rey Luis de Francia, se apoderó del reino de Sicilia que, en ódio al rey Manfredo y al partido de los gibelinos, le ofreció el papa Urbano IV, remitiéndole el breve de su investidura, los capitanes franceses se dividian el reino y los soldados saqueaban las ciudades. Este desórden de la soldadesca, las violencias de los gefes y las exacciones de los ministros excitaron naturalmente en el pueblo una revolucion, y el rey intruso ocurrió al nuevo papa Clemente IV pidiendo le ayudase con su palabra y sus tesoros. „Si tu reino,” le contestó el papa, „es cruelmente expoliadopor tus ministros, á tí es únicamente á quien debe imputarse, puesto que has conferido todos los empleos á ladrones y asesinos que perpetran en tus estados actos cuya vista no puede Dios soportar. Esos hombres infames no temen mancharse con violaciones, adulterios, exacciones injustas y toda clase de latrocinios.”

Esta conducta irregular y escandalosamente vandálica con que los franceses oprimian en el siglo XIII á los pueblos de Sicilia; esta torpe conducta, que produjo al fin, como su natural reaccion, el general levantamiento y aquella horrosa matanza de las „Visperas Sicilianas,” es la misma que, como entónces y en todos tiempos, observan ahora los franceses en todas partes á donde llevan sus armas victoriosas. El robo, los frios asesinatos, el incendio y la devastacion han marcado en nuestros días su paso por las poblaciones de la China. Las mismas huellas de exterminio y de sangre dejaron á principios de este siglo en España, en esa misma España que en 1861 se unió desnaturalizada á sus antiguos opresores para traer la guerra á sus hijos. ¿Y nosotros no hemos sido víctimas de iguales desmanes? ¿No hemos presenciado el saqueo de algunas de nuestras poblaciones, el incendio y la destruccion de

otras, los horribles asesinatos de personas inermes, las sangrientas ejecuciones que hacían las llamadas cortes marciales, especie de tribunales bárbaros é inicuos en que los mismos invasores franceses ó belgas juzgaban y mandaban matar á los mexicanos, por el grave delito de ser patriotas? ¿No hemos visto los plagios y encarcelamientos de ciudadanos honrados y pacíficos, hechos por los gefes franceses solamente con el objeto de exigir cuantiosos rescates! ¿No hemos sufrido todo género de violencias y de vejaciones! ¿No hemos sido objeto de los mas groseros insultos que los franceses nos hacían solo porque no nos prestabamos con dócil espontaneidad á reconocer á su estafermo como árbitro de los destinos de nuestra siempre idolatrada pátria? ¡Ab! Los franceses nos trataban ya como á sus verdaderos esclavos, cuando no podían considerarse dueños ni aun del terreno que pisaban ¿qué habria sido de nuestro país si hubieran llegado á dominarlo afianzándose en el poder! Razon tenían, sin duda, los diputados Sicilianos enviados cerca del rey D. Pedro de Aragon, despues de las famosas „Vísperas,” para dirijirle estas sentidas palabras. „En nombre de la pasion que nuestro Señor Jesucristo sufrió en la Cruz por el género humano, tened piedad de aquel desgraciado pueblo; dignaos socorrerle, animarle, arrancarle del dolor y de la esclavitud en que está sumido. Los pueblos están huérfanos, porqus no tienen padre ni madre que los pueda defender, si Dios, vos y los vuestros no venis en su ayuda. Tened piedad de nosotros, y venid á tomar posesion de un reino que pertenece á vos y á vuestros hijos, y así como Dios protegió al pueblo de Israel enviándole á Moisés, id de parte de Dios á sacar aquel pobre pueblo del mas cruel Faraon que jamas ha existido, porque, os lo decimos, Señor, *no hay dueños mas crueles que esos franceses para las pobres gentes que tienen la desgracia de caer en su poder.*”

Así se espresaban los embajadores sicilianos ante el rey D. Pedro de Aragon. Bien manifiestan sus palabras el angustioso estado en que se hallaba su país. México habria tenido, sin duda, la misma suerte que la desgraciada Sicilia, si el Supremo Hacedor y Regulador de las sociedades no hubiera dirigido sobre nosotros una mirada compasiva: si no se

hubiera dignado conservar los preciosos dias de nuestro digno presidente C. Benito Juarez, para ejemplo de una constancia heróica y de una fe ciega en la proteccion y en los favorables designios de la divina Providencia; si no hubiera inspirado á los sufridos pueblos esa instintiva sublime abnegacion con que han sabido hacer todo género de sacrificios en favor de la independenciam y en defensa de la libertad; si no hubiera dado á los gefes de nuestro improvisado ejército ese arrojo extraordinario, ese gran corazon, ese heroísmo con que, faltos de todo recurso, muertos de hambre ellos y sus soldados, y aún careciendo de armas y de parque, han desafiado muchas veces y vencido en desigual combate á los veteranos de Francia que tenian abundantemènte municiones de boca y guerra y que eran ademas auxiliados por los mexicanos que desgraciadamente se les unieron, y á quienes, para mengua del país, daban el nombre de sus aliados en la expedicion contra Mexico. ¡Alabémos y bendigámos esa divina mano que nos ha libertado de las garras de nuestros despiadados enemigos! ¡Caiga la maldicion de Dios sobre los que, uniéndose á los invasores, han asesinado bárbaramente á sus hermanos y han hecho les mayores esfuerzos por ver á su patria reducida á la esclavitud y atada al triunfante carro de un déspota extranjero! ¡Baldon y oprobio eterno á los que, renegando de su patria y despojándose de su dignidad de hombres, se convirtieron en apóstoles de la llamada intervencion y predicaban en favor de la noble, generosa y desinteresada intencion de Napoleon III que, segun ellos, invadía nuestro territorio solamente por hacernos felices trayéndonos *la civilizacion!* Por fortuna si algunos incautos cayeron en la red, por el carácter de las personas que pérfidamente la tendian, no se dejó alucinar la inmensa mayoría de la nacion: ella desde luego se aprestó á rechazar vigorosamente esa mentida felicidad que nos prometia un extranjero, esa *civilizacion* que debiamos recibir á palos ó por la fuerza bruta de las armas. El pueblo en esta vez, como siempre, ha tenido mejor sentido que los que presumieron ser sus directores: sabia por instinto que *la civilizacion misma impuesta por la fuerza es una esclavitud*, como lo ha dicho el célebre frances Lamartine.

Me perdonareis, conciudadanos, que abusando de la bon-

dad con que me escuchais, me haya estendido en hablar de la invasion francesa, porque he creido conveniente á mi propósito discurrir sobre las mal encubiertas miras de Napoleon III en su expedicion contra México y esponer [á la luz de la historia de otros pueblos invadidos por franceses y de lo que nosotros mismos hemos sufrido] la desgraciada suerte que debia esperar nuestro país, si aquellas miras del tirano de Francia hubieran llegado á realizarse; porque me parece que de este modo aparecerá á los ojos de nuestra posteridad mas puro y relevante el mérito de los hombres de corazon que han sacrificado su reposo y sus vidas peleando contra los osados invasores por defender el honor de nuestras familias, la dignidad, el decoro, la libertad y la independencia nacional.

Por lo que toca al interes y objeto con que la Inglaterra y la España se aliaron á la Francia, enemiga de una y otra nacion, para traer la gueerra á México, la severa é imparcial historia sabrá ponerlo en claro. Ella se encargará tambien de exponer el verdadero motivo por qué, despues de los convenios de la Soledad, rompieron aquellas mismas naciones el tratado de alianza, de retirando sus contingentes respectivos y dejando al contingente de Francia entregada á su propia suerte. Mas sea de esto lo que fuere, siempre hará honor á México la actitud imponente con que su ilustrado gobierno y su heroico pueblo se dispusieron desde luego á hacer frente á aquellas tres potencias unidas y á contestar con arma en mano al insulto que hacian á la majestad de la nacion.

Roto el tratado de alianza por la retirada de los ingleses y españoles, y habiendo quedado solos ya los franceses, juzgaron éstos espedito el camino á la política de intervencion, ó mas bien de conquista, dorado ensueño de su amo Napoleon III. Así pues, comenzaron por negarse á volver á sus antiguas posiciones, resolviéndose á quebrantar cobardemente el solemne tratado de la Soledad, mas bien que á retroceder y atacar valerosamente nuestros puntos fortificados, que por humanidad y por una generosidad sin ejemplo se les habia permitido traspasar. Emprendieron, pues, orgullosamente su marcha para el interior de la república. Se hallaba ya á la cabeza del ejército mexicano el ilustre

General Zaragoza, quien, deseando probar sus fuerzas y las del enemigo, dió á éste en las cumbres de Acultzingo una brillante muestra de la decision y del valor de las tropas republicanas en 28 de Abril de 1862, retirándose despues á las inmediaciones de Puebla para tomar posiciones y esperar allí el ataque del ejército frances, del que era gefe el general Laurencez.

Amaneció el 5 de Mayo, cuyo sol estaba destinado á alumbrar uno de los hechos mas gloriosos de nuestra moderna historia. Avístase el ejército frances: avanza hasta tomar sus posiciones: salen nuestras tropas y forman en batalla: Laurencez desprende sus columnas de ataque: el general mexicano comprende el plan del enemigo y manda reforzar los puntos amenazados: fuertes columnas francesas atacan el cerro de Guadalupe, y emprenden tambien otras no ménos respetables sobre el lugar donde estaba formada nuestra línea de batalla: trábase por tres veces un reñido combate, y por tres veces los reclutas mexicanos vieron volver la espalda y correr espantados á los veteranos de Francia, que se dicen los primeros y mas bravos soldados del mundo... El ejército invasor habia sido derrotado en pocas horas, no obstante su pericia y su mayor fuerza numérica. Laurencez tuvo que retroceder avergonzado hasta Orizava en los restos del destrozado ejército.

Esta victoria de los mexicanos bisoños contra los veteranos aguerridos de Francia, dió á conocer al mundo que México es muy digna de ser considerada en sus derechos de nacion indedendiente y libre. En esta brillante jornada nuestras humildes tropas se cubrieron de gloria: Berriozabal, Negrete, el modesto y bizarro general Porfirio Diaz y muchos otros gefes, y sobre todos el impertérrito y hábil general Zaragoza se elevaron al rango de los héroes. Este glorioso triunfo fué admirado y aplaudido con entusiasmo por todas las naciones amantes de la justicia y del derecho que cada Estado tiene para gobernarse por sí mismo, repeliendo cualquiera extraña intervencion: él presentó á México y á su gobierno constitucional ante el mundo civilizado en toda su majestuosa dignidad: él desmintió solemnemente las imputaciones calumniosas con que en las cortes europeas habia sido escarnecido el pueblo mexicano, haciéndose aparecer

como una reunión de hombres desordenados, sin honor, sin ninguna virtud social y miserablemente cobardes á causa de sus mismos vicios. La Francia misma recibió con asombro la noticia de su no esperada derrota, y no se atrevió á emprender de nuevo sobre México, sino un año despues, cuando el general Forey, que fué despachado con grandes refuerzos para volver por el honor de su nacion, tuvo reunidos todos los elementos necesarios para hacer la guerra con buen éxito.

México, entre tanto, pudo prepararse para su defensa. La memorable jornada del 5 de Mayo de 1862 habia devuelto la fé á los que la tenían perdida desde que vieron las vacilaciones de Urugo, y habia alentado la de otros que la tenían desfallecida porque desconfiaban de la pujanza y del poder de nuestras improvisadas tropas. Fecundo fué aquel triunfo en resultados favorables á la causa de México. La heroica defensa de Puebla en el sitio de 1863, digna de figurar al lado de las de Numancia, Sagunto y Zaragoza, como ha dicho un ilustrado escritor de los Estados- Unidos, y las grandes lecciones de heroísmo que nuestros soldados republicanos han dado en mil combates á franceses, austriacos, belgas y mexicanos renegados, se han debido en gran parte á la memoria de aquel glorioso dia. Al recuerdo del General Zaragoza y del 5 de Mayo las tropas liberales han hecho prodigios de valor. Así fueron quitando una á una las plazas fuertes que tenían ocupadas los franceses en nombre del bastardo imperio: así lograron que el ejército de Napoleon III, bastante disminuido ya en cinco años de lucha, se retirara en medio de la retahíla general, llevando á presentar á Francia su bandera llena de inmundado lodo: así han logrado tambien los ilustres campeones Diaz y Escobedo, Corona y Treviño, Riva Palacio y Naranjo, Régules y Martínez, Rocha y Guadarrama, Leiva y muchos otros, valientes defensores de nuestra independenciam y libertad, poner en inaccion y en la situacion mas violenta y desesperada al iluso Maximiliano y á los menguados sostenedores de su efimero y ridiculo imperio, sitiados, como lo están, en las únicas plazas que conservan, Querétaro, México y Veracruz, y derrotado, como lo ha sido, el asesino feroz de Tacubaya, en quien el triste Archiduque fundaba solamente

su esperanza de salvacion: así, por último, alcanzarán, no muy tarde, el triunfo completo de la sagrada causa nacional.

Con razon, ciudadanos, debemos hoy recordar con noble orgullo la gloria que para la patria adquirieron nuestros valientes en aquel fausto y memorable día 5 de Mayo de 1862. ¡Llor eterno á los ilustres héroes que supieron conquistarla, arrancando á los soldados de Solferino y de Magenta los laureles con que traian adornadas sus frentes! ¡Que tan brillante ejemplo no se olvide jamas por los republicanos! ¡Que tan hermosa leccion de patriotismo, enseñanza tan bella de abnegacion y de constancia normen siempre la conducta de nuestros hijos, y México, nuestra adorada patria, será respetada como nacion libre, independiente y soberana, gozará feliz de las dulzuras de la paz y se elevará al alto rango que Dios le tiene señalado sobre todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo.—DICE.

DISCURSO pronunciado, en la tarde del 5 de Mayo, en la plaza de Zaragoza de esta ciudad, por su autor, el C. Juan Peña.

Venid oh pueblo con la frente erguida;
El tiempo del oprobio ya pasó.

SAZATORNIL.

SEÑORES:

No corresponde, ciertamente, ocupar esta tribuna á un hombre como el que tiene la honra de dirigiros la palabra: la tribuna pertenece al genio y al saber y no á un soldado oscuro sin instruccion y sin talentos. Pero soy mexicano: amo con delirio el país en que nací; siento una satisfaccion dulcísima al referir sus glorias, y guardo en mi corazon un sentimiento de piedad religiosa y de reconocimiento profundo por los que han luchado por su autonomia. Hé aquí porque, aunque convencido de mi insuficiencia, vengo á tributar un homenaje de gratitud á Zaragoza, al héroe fronterizo que el memorable 5 de Mayo de 1862, ornó las sienas de su patria con los laureles arrancados á los vencedores de Sebastopol y de Magenta.

La muerte que respetára la odiosa existencia de un trai-

dor execrado como Almonte, sorprendió á Zaragoza en la primavera de su vida y en la aurora de su fama, cuando tenia ante su vista un inmenso porvenir de gloria, y cuando por medio de un triunfo grandioso habia reivindicado el nombre mexicano. La espada que tantas veces brillara victoriosa en las primeras filas del progreso, brilló en Puebla por última vez; y México, esa gigantesca víctima destinada á sufrir todos los dolores y á apurar todas las amarguras, vió desaparecer para siempre al modesto caudillo que con tanta fe y decision sostuviera la sacrosanta causa de la libertad.

Yo seria muy feliz, conciudadanos, si al hablaros de Zaragoza pudiera hacerlo de una manera que honrara dignamente su memoria; mas no á todos es dado pintar las acciones de los héroes con los tamaños colosales que merecen, y debo limitarme á referir con sencillez algunos hechos que otros ciudadanos os han referido con esactitud y elegancia.

Comienzo, pues, confiado en vuestra conocida indulgencia.

México recuerda con amargura la época luctuosa en que una faccion sanguinaria é impía desencadenó los elementos mas destructores en contra del partido progresista. Dos clases poderosas,—el Clero y el antiguo Ejército,—marchaban ligadas por el crimen; y sin retroceder ante los medios, hacian esfuerzos inauditos para triunfar de aquel partido verdaderamente patriota y abnegado que luchaba por elevar á su patria al rango que debe ocupar entre las naciones del mundo civilizado. Los republicanos mas ilustres se unieron entónces para realizar aquella empresa gloriosa: muchos de ellos heridos por la mano del retroceso, bajaron á la tumba ántes de ver realizadas sus nobles aspiraciones;—Zaragoza que ocupaba un lugar distinguido entre aquellos patriotas eminentes, atravesó ileso esa época funesta que pudo habernos conducido á un abismo.

Vencidos al fin los que pretendieran hacernos retroceder á los odiosos tiempos de Torquemada, ó tenernos sujetos al poder de Roma, el partido republicano satisfizo las grandes exigencias sociales que tan imperiosamente reclamaban la paz de la nacion y las luces del siglo. La Reforma quedó

consumada: allanados con ella los obstáculos todos que se oponian á nuestra prosperidad; y despues de una lucha incasante de medio siglo, México veía aparecer en lontananza la aurora del gran dia que iba á poner término á sus funestas disensiones. Pero ¡aun no era llegada la hora de ver á nuestra patria libre y feliz! ¡Aun debian lucir largos dias de luto y de tristeza para los patriotas que no sucumbieran defendiendo sus libertades patrias!

La traicion y el despotismo hicieron causa comun en 1861 para borrar á México del catálogo de los pueblos libres.

El gobierno de Francia, de esa nacion que se precia de ser la mas justa é ilustrada, llevó á cabo á mediados del siglo XIX el atentado mas escandaloso que registran los fastos modernos. Y . . . preciso es decirlo, aunque con amargura profunda: el pueblo frances, el gran pueblo que en los bellos dias de 93 prodigara su sangre en defensa de la libertad, el noble pueblo que tan alto proclamara los derechos del hombre, permitió que un tirano marchitara sus glorias y arrastrara por el fango una bandera que ántes de ahora merecia ser querida y respetada.

Napoleon III, bajo mentidas protestas de compasion y de respeto, lanzó sobre nuestras playas un ejército cuya esclusiva mision consistia en levantar un trono en la patria de Hidalgo y de Morelos.

La república mexicana, martirizada por facciones vandálicas, debilitada por horribles luchas, vendida por una turba de traidores, abandonada por egoistas y empobrecida por millares de especuladores que habian traficado con sus infortunios, solo pudo oponer algunos millares de reclutas, á un ejército aguerrido que apoyado por la traicion é insolentado por una série no interrumpida de triunfos, avanzaba orgulloso hollando todos los derechos, atropellando todos los medios é infringiendo un tratado solemne. Mas al frente de aquellos reclutas que con la sonrisa en los labios veían acercarse la hora suprema de morir por la patria, estaba Zaragoza, el hombre de fe y de corazon, que con la imperturbable serenidad del héroe, formó con los pechos de sus valientes una muralla donde se estrellaron los vencedores en cien batallas.

El sol que el 5 de Mayo se levantara esplendente y majestuoso para alumbrar en Puebla la noble lucha del derecho contra la fuerza, alumbró tambien la humillante derrota de los que precedidos de una fama secular, se anunciaron entre nosotros como *invencibles*.

Esta victoria espléndida, de tan grandes consecuencias para la causa nacional y de tan gratos recuerdos para todo buen mexicano, fué dignamente celebrada mas allá de los mares: ella elevó á México á una altura donde ha merecido las simpatías y el respeto del mundo, y por ella mereció Zaragoza los honores de la inmortalidad.—Sí; la memoria de este héroe querido no morirá. Hay para perpetuarla un monumento que el tiempo no puede destruir. Ese monumento indestructible es el corazon de los mexicanos: ellos la transmitirán de padres á hijos, y el nombre de tan digno hijo de Hidalgo, pasará á la posteridad como un lampo de gloria.

Napoleon debió haber comprendido desde entónces, que el pueblo mexicano es uno de esos pueblos gigantes que prefieren sepultarse bajo sus propias ruinas, mejor que humillarse ante la fuerza; y por amor á su pais, ya que no por respeto al derecho, debió tambien haber renunciado á sus proyectos ambiciosos; mas ese mal frances prefirió cubrir á Francia de ignominia.

Un año despues del dia memorable en que Zaragoza con una magnanimidad sin ejemplo prodigaba todo género de consideraciones y consuelos á los piratas vencidos, las calles de la invicta Puebla eran regadas con sangre mexicana, y los patriotas que no encontraron una tumba gloriosa bajo las ruinas de esa ciudad mártir, fueron condenados á sufrir los horrores de la expatriacion. Forey pudo entónces avanzar sobre millares de cadáveres; pero *sin lavar la mancha del 5 de Mayo*; porque los cerros de Loreto y Guadalupe, esos monumentos levantados por la mano de Dios para perpetuar la gloria de un pueblo, no fueron profanados por la planta francesa, mientras hubo leales que los defendieran.

Despues comenzó la farsa imperial: ¡farsa abominable que tantas lágrimas ha hecho derramar á la desventurada México! ¡farsa maldita y sacrilega que, como todas las farsas de los tiranos, debía traer consigo espantosas escenas de desolacion y de muerte!

Yo no debo, señores, ni podría aun cuando quisiera, trazar el sombrío cuadro de los crímenes cometidos por el llamado imperio y sus aliados; tampoco debo hablaros del número inmenso de víctimas inmoladas por la intervencion. Es éste un día consagrado á la conmemoracion de un hecho glorioso, y no envenenaré vuestro regojo refiriendo sangrientos episodios de una época de luto. Renuncio, pues, á esa triste tarea que conmoviera profundamente mi corazón de mexicano, para recordar algunos otros hechos por los cuales debemos estar justamente orgullosos

La república mexicana, infortunada como ha sido, puede gloriarse de haber conquistado y sabido mantener por sus propios esfuerzos, los grandes principios que constituyen las glorias de la civilizacion moderna. En su historia se hallan consignados mil hechos gloriosos, cuyo esplendente brillo lucirá al traves de las edades. De su seno han salido mártires ilustres como el humilde octogenario de Dolores, que en defensa de la libertad de un pueblo, se sacrificaron en los dias de su decrepitud, en esa edad tranquila en que mueren las ilusiones, las ambiciones y las esperanzas, cuando las flores de su vida se habian ya marchitado, y cuando solo podian esperar por recompensa la ingratitude y el patibulo;—guerreros como Morelos, grandes en el apogeo mas brillante de la gloria á que se elevaran, y mas grandes aún cuando con alma serena, marchaban al cadalso á dar su vida por la independencia de sus hermanos;—caudillos como Guerrero que luchando contra mil vicisitudes, consumaron la gigantesca empresa comenzada por Hidalgo;—ciudadanos eminentísimos como Degollado y Ocampo, dignos por sus virtudes de figurar entre los grandes hombres de la antigüedad. Y en estos últimos dias en que el destino nos ha sugetado á las mas rudas pruebas, el patriotismo mexicano ha traspasado los límites de lo heroico y elevádose hasta la esfera de lo sublime.

Como todas las naciones, México ha recorrido una senda sangrienta y dolorosa: como todas ellas ha cometido tambien grandes faltas y crasos errores; pero puede decir con orgullo, “he sido víctima y no verdugo”—Para hacerla aparecer culpable ante las potencias estrangeras, preciso fué que los defensores de la política de Napoleon III, dierau

tormento á la lógica, presentando crímenes gigantes donde solo podía haber delitos pigmeos.

Debemos repetirlo: México ha cometido faltas; mas ¿qué nacion no las ha cometido! ¿Cuál es el pueblo que puede llamarse immaculado! ¿Acaso será Francia que escaudaliza de nuestros extravíos, vino á castigarlos con mano de hierro! ¡Oh sería ese un horrible sarcasmo lanzado á la faz del universo! Aun palpitan de indignacion todos los corazones generosos al recuerdo de la noche espantosa de S. Bartolomé, en que millares de inocentes fueron inmolados en aras del mas repugnante fanatismo; y si ha sido sobradamente afortunada para deslumbrar al mundo con sus victorias, no es ni será bastante poderosa para borrar de la memoria de los siglos, aquella y tantas otras luctuosas escenas por las cuales la humanidad debería vestir eterno luto.

Mas, . . . hablémos del pueblo mexicano, de ese mártir sublime de la mas sublime de las causas, de ese pueblo infortunado y magnánimo que en sus dias de suprema amargura se ha levantado cual formidable atleta; que ha vencido á los *invencibles*, y que en medio de sus inauditas desgracias ha dado lecciones de valor, de ilustracion y de generosidad á los que con pretensiones de civilizadores vinieron de allende los mares á incendiar poblaciones, á talar nuestros campos y á erigir cañales para ahogar la voz del patriotismo.

Y despues de cinco años de lucha, empuña triunfante su querido pabellon de Iguala; y ennoblecido por sus infortunios y santificado por el martirio, vuelve á proclamarse libre, soberano é independiente.

Los que á nombre de la civilizacion quisieron imponerle la ley del sable, han abandonado presurosos las playas mexicanas, llevando en sus banderas una mancha que no borran cien victorias como las de Austerlitz y de Marengo:—la traicion, ese inmundado reptil que se arrastró á los pies del extranjero para herir á mansalva el seno de la patria, espira ahogado bajo la planta de los libres;—y el llamado imperio, hundido ya bajo el peso de las armas republicanas, solo merece ser citado "como un acontecimiento histórico de funestos recuerdos."—Cercado Maximiliano de un ejército victorioso que tiene por reserva á todo un pueblo, no saldrá de la ciudad levítica que le sirve de asilo, sino para

expiar en un patíbulo los crímenes de que es responsable ante la nación. Y ni aun merecerá la compasión que inspira el que muere por una idea, ni llevará á su sepulcro el consuelo de haberse sacrificado en defensa de un principio ó en honor de una raza; morirá como jefe de bandidos, y como el incendiario del templo de Diana, legará á la posteridad un nombre que será execrado por la historia.

La república se ha salvado: ¡y quiera el cielo! que las dolorosas lecciones de la esperiencia no sean perdidas para los mexicanos, y que así como han podido librar á su patria del yugo extranjero, puedan llevar á su último término su grande obra de regeneracion social. México realizará entonces su gran programa de confraternidad y de progreso. Favorecido por sus multiplicados y ricos elementos, derramará por todas partes sus beneficios: su mano protectora podrá estenderse hasta los últimos confines del mundo, y mil pueblos le serán deudores de su ventura.

Nosotros no veremos lucir ese dia dichoso: individuos de la actual generacion, solo nos es dado participar de sus miserias, de sus dolores y de sus glorias; pero ese dia llegará, y las generaciones venideras al disfrutar los ópimos frutos de una libertad bienhechora, entonarán un himno de bendiccion en loor de nuestros héroes.—HE DICHO.

COMPOSICION

LEIDA EN LA PLAZA DE ZACAGOZA EN EL ANIVERSARIO

DEL 5 DE MAYO.

Patria de Zaragoza, te saludo
De noble orgullo y de entusiasmo lleno,
Que me abraza tu amor: soy mexicano,
Y gozo si sonrías de contento.

Yo, que te ví de torcedor quebranto
En la tortura sin cesar gimiendo,
Y derramé mil lágrimas ardientes
Al ver al galo profanar tu suelo,
Yo, que doliente contemplé tu llanto
E himnos de dolor dije á los cielos,
Al eco de tus quejas, á los ayes
De tu sensible lacerado seno,

Hoy que de Mayo la gloriosa aurora
En tu pendon esparce sus reflejos,
Y trae á la memoria del patriota
Consolador y plácido recuerdo,
¿Por ventura mis lábios no dirían:
—Oh cara patria, bondadoso el cielo
Te ha brindado de mártir la guirnalda,
De tus hijos premiando los esfuerzos?—
Los ha premiado, sí. Con este día,
Patria de amor, Edeu de mis ensueños,
Goza, goza feliz, que tus placeres
Mentidos ya no son cual otro tiempo.
Olvida tus dolores, tus quebrantos.
Y que dulces te embriaguen los recuerdos
De que miró la lumbre de este día
De Napoleon correr los viles siervos.
Juzgó engañado que en la lid tremenda
Alcanzarian nítidos trofeos,
En contra de tus hijos velerosos,
Los que el triunfo miraron en Marengo.
Mas.... ¿cuándo nunca ante el feroz soldado,
Que obedece de un déspota el decreto,
Quedó vencido el héroe que tremola
El estandarte del honor de un pueblo?
Nunca, mirad: el invasor avanza
De Zaragoza contra el grande genio,
De Zaragoza, egida de la patria,
Que nos legaron Bravos y Guerreros.
Y también el traidor! tigre inhumano,
Borrón en el hermoso firmamento,
Ser á quien solo satisface sangre,
La sangre pura del hermano nuestro!
Ser cuya frente debería hundirse
Entre las nieblas del oscuro averno,
Ese imbécil también...! Vende sus lares,
Y de Bruto el puñal aferra luego!
¿Se ha de esperar que el hijo de la Francia,
Ayudado de ese hombre vil y pérfido,
Venza los bravos que el pendon defienden
Del magnánimo Hidalgo y de Morelos?
El bronce encienden ya Ruda pelea
Se traba por do quier, el humo negro
Elévase á la altura, y ronco ruido
Deja escuchar la tierra de sus centros.

Oh patria mía! el noble mexicano
Que allí contemplas en combate fiero,
Defenderá tu honor, tu independencia,
Hasta exhalar el postrimer aliento.
El génio de la guerra esgrime airado
Su fulminante matador acero,
Y á Zaragoza tiende una mirada
De entre la nube negra en que está envuelto.
—Suenan el clarín; pregonan la victoria.
Se alzan de gozo férvidos acentos,
Se alzan y vuelan al distante Bóreas
Y al Austro en alas del velo e viento.
En cada corazón en que ha encendido
La libertad su sacrosanto fuego,
Esos acentos con placer resuenan,
Brindando al alma seductor ensueño.
Ensueño seductor, de que ese triunfo
Sea quizá del galo el escarmiento,
Del francés orgulloso, que á los libres
Intenta subyugar cruel y perverso,
Ensueño seductor, de que ese lauro
Sea preludio del dichoso tiempo,
De que naciendo el hombre independiente,
No se sujete de un tirano al ceño.
Y allá en el pecho del villano iluso
Que soñó dominarnos cual á siervos,
Haciéndole temblar como asesino,
Favor infunden con punible miedo.

Y ahora ¿no lo ves? Patria de Hidalgo,
Ese vil Napoleón aventurero
Sus soldados llevó: no se conquista
La tierra donde nacen los guerreros.
¿Cómo podría ser que te oprimiera
Con un dogal el delicado cuello,
Cuando doquier sus bárbaros soldados
Españaban la muerte y el incendio?
No quiero recordarte los gemidos
De las víctimas mil. . . . Patria, no quiero,
Turbar tus gozos á la luz de Mayo,
Con amargos y fúnebres recuerdos.
¿Pues para qué decir, oh triste madre,
Que el villano francés en otros tiempos,



Y en este mismo sitio, clamó muerte
Y un hijo tuyo asesinó tremendo?
El sol no dió su luz, en parda niebla
Cubrió el Señor el alto firmamento:
Y aun se oyen en las grutas de esos montes
Desgarradores, fléviles lamentos.
Llevó el tirano sus esbirros. Lleva
En su lema tambien un borron negro:
Que siempre Dios al asesino imprime
De maldicion el signo sempiterno.

Y el pobre austriaco, el rey que te regia,
Con corona oprobiosa y bajo cetro
Contéplalo á los piés de los campeones
Que tu pendon defienden con denuedo.

Los han mirado todas tus montañas
De la miseria y la desgracia en medio,
Tu honor, tu libertad, tu independenciam.
Con valor de gigantes defendiendo.

De Jacob nuevos hijos, las ideas
Valientes conservando de tu pueblo,
Han luchado tenaces con el hambre
La sed y las fatigas ciento á ciento.

Han luchado tenaces. Hoy consiguen
De sus esfuerzos el brillante premio,
Sí, y ese premio, Patria idolatrada,
Es de victoria el singular trofeo

Que entusiasmados en tus aras ponen
Con placer indecible esos guerreros
Os bendigan las bellas del Anáhuac
Libertadores de mi patrio suelo.

Que el ángel de la América sublime,
Vuestro valor mirando y altos hechos,
De laurel con coronas vuestras siénes
Afanoso circuya y placentero.

Que la entusiasta juventud que admira
Vuestra constancia, abnegacion, denuedo,
Riegue con flores la radiante senda
Que habéis seguido para claro ejemplo.

Rompisteis las cadenas del esclavo
Conque la habia atado el extranjero,
Y una Patria le dáis. . . . inmaculada,
Y con glorias y lauros duraderos.

Alzate, pues, oh Patria: de la tumba
Del venerable Hidalgo, y de Morelos
No vencido jamás, una voz surge,
Que así repite el vagaroso viento:
—Hija de libertad, te bendecimos,
Porque venciste á Napoleon tercero:
Sufra el cobarde del esclavo el yugo
No tú que tienes ínclitos guerreros.

Guerreros que la lid los ha esforzado,
Que alimenta tu amor con grato aliento;
Y que antes de humillarse á los tiranos,
En las batallas moriran primero.

El hombre nace libre: libre sea
De la vida el camino al ir siguiendo,
Y como el hombre: libre, independiente,
En su atrevida marcha sea el pueblo.

¡Ay del tirano que maquina imbécil
Con la fuerza oprimirlo y con el hierro;
Su tiranía durará un instante,
Después su trono rodará en el suelo.

El mundo mira reducido á nada
El del menguado emperador tudesco,
Y ya viene la aurora que contemple
Así el del fátuo Napoleon tercero.—

Y tú, día de gloria, de ventura,
Para mi Patria bienhechor consuelo,
Rayo fulgente de tu faz alumbre
Aquel lugar, do yace en el silencio

El bravo capitán que de los galos
Humilló la soberbia á tus destellos:
*“Murio; pero invencible, y en la historia,
Ni hombre. . . . ni Dios empañará su gloria.”*

Monterey, 5 de Mayo de 1867.

HERMENEGILDO DAVILA.